

AA 08876
3
TÁCITO



D. PEDRO MONTT



EL AXIOMA PRESIDENCIAL



SANTIAGO DE CHILE

Imprenta, Litografía i Encuadernacion Barcelona

Moneda esquina San Antonio

—
1906





EL AXIOMA PRESIDENCIAL

I

Don Pedro Montt

(Artículo publicado en *El Mercurio* del 7 de noviembre de 1905)

En otro tiempo, los candidatos repudiados por la nación comprendían desde la primera vez. Parece que no solo estamos sufriendo una depresión de caracteres, sino también de entendimientos; i pues se insiste en reconstituir una candidatura descalabrada, ya, conviene que los electores de 1901 demos la razón de nuestro voto de entonces, que volveremos a repetir en 1906, si a ello se nos obliga.

—¿Cuál es el reactivo mas poderoso que conocéis? preguntaban un día a Lavoissier,

—¡El tiempo! contestó el ilustre químico, haciendo esta vez de filósofo.

Nada como el tiempo, en efecto, para operar transformaciones en la materia, así como en las impresiones i en los juicios. Maestros sabios i pacientes, duros a veces, pero siempre honrados, los años van despejando las sombras del entendimiento i de la voluntad, que nos indujeron a injusticias i errores.

¡A cuántos hombres he combatido, a quienes hoy respeto! A cuántos he ensalzado, a quienes las lecciones del tiempo me obligan a desdeñar! ¡Cómo, al pasar de las malezas de la pasión a la llanura luminosa de la reflexión y la paz, se ha engrandecido lo que creía mezquino y se ha empequeñecido lo que creía jeneroso! Don Vicente Reyes y don Enrique Mac-Iver, por ejemplo, se me presentaban como encarnaciones de la amenaza y el peligro, como personificación ideal de cuanto había que atajar, que combatir, que injuriar. Hoy, cuando los veo en el Senado, comprendo que en aquella sala se dictan las leyes que todos debemos acatar; y si los viera en la Moneda, me parecería que la banda presidencial recobraba la majestad republicana de otros tiempos mas grandes y virtuosos.

En cambio,—¡oh años! ¡oh maestros!—he hecho injenuamente el panegírico de otros hombres que, al verlos en el Congreso, me explican por qué las leyes son discutibles y discutidas, por qué están sujetas a justas resistencias y a reformas necesarias y que, si los viera en la Moneda, me explicarían por qué, aun en las Repúblicas democráticas, es combatido el voto universal.

Un escéptico propone este problema y ofrece esta solución: «¿Deben estudiarse los hombres o los libros? Os aconsejo los libros; los hombres están muy mal escritos.» Yo he preferido estudiar los hechos en el tiempo; es verdad que tambien los hechos suelen estar muy mal redactados, pero a lo ménos son siempre mas verídicos que los hombres y los libros. Ellos me han llevado a modificar considerablemente, a menudo sustancialmente, mis impresiones y mis ideas sobre el valor del perpetuo drama y de sus actores.

Una convicción, empero, ha permanecido inmutable bajo la acción del potente reactivo; la que profeso junto con la totalidad del pueblo, sobre la mediocridad intelectual y la impotencia política de don Pedro Montt. Creo que es la única opinión de mayoría que abrigo. Y no la tengo porque la sujeción de la masa haya obrado en mi criterio, sino porque, al contrario, estudiando los hechos con el anhelo de sustraerme aun en esto a la opinión de la masa y de incorporarme al reducido número de los convencidos del valer intelectual, moral y político del señor Montt, no he encontrado ni una astilla de que asirme para no ser arrastrado por la voluminosa corriente del número.

A pesar mio, he palpado que la mayoría tiene esta vez razón.

El señor Montt entró en la vida pública sin graduacion i sin pruebas; nació en ella. Durante mas de treinta años ha ocupado todos los puestos de accion i de influencia a que un ciudadano puede aspirar para convertir su pensamiento en verbo, i aun ha pretendido el mas alto de todos, que ciertamente no es indispensable para que se dé a conocer un estadista, un escritor, un abogado, un orador, un artista, lo que se sea.

Cuando un hombre ha estado su vida entera colocado en las situaciones mas propicias i obligadas para producir i ejecutar, es necesario que, si no es constitucionalmente refractario a la produccion i a la accion, produzca i haga. No necesita para ello un gran talento ni dotes escepcionales; necesita apénas escapar a la vulgaridad completa i a la impotencia absoluta.

De nuevo, el señor Montt lo ha sido todo, ménos Presidente, i ser Presidente no es una virtud, sino una resultante de lo que el pais estima virtudes; ha ocupado todas las posiciones en que se puede brillar i enjendrar; se le han proporcionado en abundancia, nunca superada por otro, todos los elementos de accion: abogado, diputado, senador, presidente de la Cámara, Ministro del Despacho, Consejero de Estado, Ajente Diplomático, miembro directivo de todas las instituciones dirijentes.

Es preciso, es ineludible, que aun el hombre mas mediocre, colocado en tales medios, disponiendo de tales elementos, i consagrado activamente a la vida pública, haya producido alguna cosa como abogado, como orador, como estadista, como intelectual, un libro, un alegato, un discurso, un artículo un estudio cualquiera sobre cualquier cosa. Estaba el señor Montt obligado a hacer algo, i aun mas que ordinario, para esplicar su situacion, para justificar la que pretende, i para confirmar en la fé a los que creen en él por simple tradicion. He preguntado a varios amigos suyos, con interes i sinceridad, dónde me seria dado encontrar el libro, el alegato, los discursos, los artículos, el estudio cualquiera sobre cualquier cosa, que permita conocer bajo algun aspecto al señor Montt.

El mayor número se ha irritado al oír esa pregunta, como si fuera irreverencia imajinar que un semi-dios pueda descender hasta la produccion intelectual humana. Para esos devotos de fé espontánea don Pedro Montt no necesita obrar; le basta ser.

Cuando delante de ellos hablan otros de las cualidades de algun hombre público en que ellos no creen, piden pruebas, i alegan contra el uno su infecundidad, contra el otro lo breve i repentino de su actuacion, exijiendo que exhiban sus pasaportes i su bagaje para darles paso. Pero cuando se habla del señor Montt no dan pruebas en favor ni las admiten en contra; su

superioridad es un misterio de fé; no se puede probar, pero se debe creer.

Otros, los ménos—sin dejar de indignarse ante la insolente pretension de buscar alguna base en que fundar un convencimiento razonado—se sirven contestar, como quien indica el Libro del Génesis al que desea conocer las obras del Creador.

—Vea usted el *Boletín de Sesiones*.

En consecuencia no hai ningun libro escrito por el señor Montt; no existe en su larga vida de abogado un alegato que haya merecido los honores de conservarse impreso; no se encuentra en la prensa ningun articulo que los creyentes puedan guardar para convencer a los escépticos; no hai un estudio sobre tema alguno hecho por este hombre que ha tomado parte personal en todos los grandes i menudos problemas de nuestra vida de nacion.

Pero hai el Génesis, el *Boletín de Sesiones* del Congreso.

Hé hojeado el *Boletín* de muchos años, el de la Cámara de Diputados i el del Senado. Me puse en la mejor condicion de espíritu para revisarlo con paciencia i con interes. Era yo un editor que preparaba un buen negocio,—una recopilacion de los discursos escojidos del señor Montt; los amigos agotarían la edicion. No solo por ser de *El*,—uno de los recientes panejiristas no lo nombra una sola vez en el curso de toda la biografía, que por lo demas es breve; lo llama hiperbólicamente *El*,—la edicion, digo, se agotaría con rapidez, no solo por ser de él, sino porque suministraría a sus amigos la prueba tan buscada, i tan estérilmente, de la superioridad intelectual del señor Montt, de su erudicion, de sus vastas concepciones en los múltiples asuntos económicos, sociales i políticos en que ha tenido que votar, i de sus soluciones a los grandes problemas en que ha debido decidirse.

Mi negocio fracasó. No alcancé a formar volúmen. Mas aun: no encontré un solo discurso que revelara superioridad intelectual, que mostrase vastas miras sobre cuestion alguna, que exhibiera una solucion nueva o una concepcion propia en problema de cualquiera especie.

No estoi haciendo apreciaciones, sino estableciendo un hecho. Si me equivoco o falto a la verdad, es fácil probarlo. Basta decir: «En los Boletines de tales años, páginas tantas, se encuentran discursos de don Pedro Montt, dignos de vivir mas allá de la sesion en que fueron pronunciados». No hai para mí un placer

mas cierto que reemplazar en mi espíritu un error por una verdad, en cualquier orden de adquisiciones.

Ni un solo discurso! Es admirable como se puede estar mas de treinta años en un Congreso, sin haber producido una pieza que salga de lo comun, que no pueda ponerse corrientemente en boca de cualquier congresal anónimo sin que por eso adquiriera nombre.

Lo que he encontrado en la minuciosa revision de los Boletines es una especialidad característica del señor Montt para considerar todas las cosas por el lado pequeño i manual. En las cuestiones graves i en los problemas interesantes, en los asuntos de batalla i en los temas de estudio, el señor Montt se va derechamente e invariablemente a los ápices de tramitacion, de procedimiento, de oficial de pluma.

Por ejemplo, he aquí en la orden del día un proyecto sobre habitaciones para trabajadores, sobre salarios, sobre reglamentacion del trabajo. Está en tabla la gran cuestion, que interesa al político, al sociólogo, al moralista, al financista, al filósofo, a la sociedad entera en todas sus jerarquías: la cuestion obrera. Ocasión brillante para un estadista, obligada para un jefe de partido i candidato a gobernante. El señor Montt pide la palabra. ¿Para disertar sobre la condicion del proletario, sobre las relaciones del capital i el trabajo, sobre lo que existe i lo que debiera existir? El señor Montt ha viajado mucho i ha debido asimilarse algo: lo ménos que ha podido hacer es mirar i ver: ¿nos dará un interesante i compendioso estudio experimental, induciéndonos a instituir lo bueno i a evitar lo malo de otras partes?

Nadal ha pedido la palabra simplemente para indicar que el proyecto pase o vuelva a comision o que se coloque en tal lugar preciso de la tabla, o que se discuta una vez despachado tal otro asunto.

Don Vicente Reyes, don Enrique Mac-Iver, don Manuel E. Ballesteros, don Ventura Blanco, otros mas, examinarán el proyecto en su esencia, espresarán sus ideas sociales i económicas, discurrirán planes, teorías, reformas. El señor Montt no se mezcla en eso. Pero que alguno formule una indicacion de orden o de tramitacion, i al punto el señor Montt, volverá a sentirse comprometido en su especialidad: recordará que hace nueve o quince años, en la sesion del catorce de agosto, se suscitó una cuestion análoga: que hablaron los senadores tales; que por nueve votos contra cinco resolvió el Senado tal cosa—i sus amigos quedan maravillados de su erudicion, i se dicen con una conviccion intensa i cálida; «es un hombre admirablemente preparado».

A eso se reduce la obra *Parlamentaria* del señor Montt; eso es lo único que consta en el *Jénisis*. Registrados todos los Boletines, no hai en ellos para un volúmen. No hai discursos del señor Montt, en el sentido majistral de la palabra.

Sé mui bien que, sin haber escrito un libro ni un artículo, sin haber pronunciado un alegato ni un discurso notables, puede haber un estadista digno de la banda Presidencial i susceptible de ser un buen gobernante; no es eso lo moral, es solo lo posible. Pero en tal caso, los amigos de ese estadista no dirán que su candidato es un eminente abogado, un orador ilustre, un talento extraordinario; i si lo dicen, corren las conciencias de no poder dar fundamento alguno de su fé a los que no son tan crédulos como ellos.

No es difícil ser virtuoso de un modo abstracto i negativo. Decir cosas honradas i profesar ideas sanas, es cómodo, es hasta ventajoso cuando uno tiene un puesto público, o simplemente cuando discurre sentado en un sillón del propio Gabinete. Pero hacer prácticas la honradez i las buenas ideas, infundirlas en los demas, ejercer influencia activa i eficaz para que sean observadas en la administracion pública, ese es el trabajo verdaderamente útil i meritorio. «El hombre que actúa—dice el Presidente Roosevelt—está mui por encima del que se reduce a profesar teorías, cualquiera que sea la razon que tenga para proceder así».

¿Qué ha hecho de práctico el señor Montt para mejorar la administracion pública? Limitarse a decir que todo va mal i a protestar de que no vaya bien, es ocioso, mas que eso, es culpable cuando se ocupa una alta situacion política, i cuando con un poco de espíritu público, de abnegacion patriótica i de voluntad activa, se puede influir positivamente en la rejeneracion.

Lícito es quejarse a los dirijidos, pero no a los dirijentes. Don Pedro Montt ha sido siempre director entre los dirijentes; no ha podido hacer nada, i entónces carece de aquellas dotes fecundas que se le suponen; o no ha querido hacer, i entónces carece de amor i voluntad para el bien, que es peor.

Yo me quejo de la perversion administrativa i política de mis tiempos, tengo derecho para quejarme; señalo el mal i pido su remedio, no puedo hacer otra cosa. Pero si soi senador, consejero de Estado, jefe de partido, presidente de comisiones parlamentarias, candidato a la Presidencia de la República; es decir, si tengo un voto que hacer valer i un partido que me sigue,

si poseo los mas abundantes i eficaces instrumentos de accion, entónces no puedo quejarme, debo obrar. Negaré mi voto a las peticiones del Gobierno, combatiré a sus hombres que no vayan por el camino recto, detendré los presupuestos i enderezaré sus partidas oblicuas, pediré sin descanso la supresion de los empleos inútiles, señalándolos, no haré pactos con los gobernantes ni con los partidos sino en cambio de obtener algo de lo que estime honrado i necesario.

Don Pedro Montt no hace nada de eso, sino lo contrario. Apoya a todos los Gobiernos, pacta en todos los partidos, vota todos los presupuestos. I despues de quejarse teóricamente de que todo ande mal, colabora en el mal para usufructuarlo, i refuerza con su jente a los que van por el camino torcido.

Así pocos hombres públicos de Chile han tenido en sus manos palancas mas variadas i obedientes; ninguno ha hecho mémos que él. Si es por impotencia o ineptitud, no sirve para candidato; si es por indiferencia a que impere el bien o el mal, con tal de obtener ventajas para sí i los suyos, sirve ménos todavia; i si alguien dice que es por las dos cosas a la vez, toca a sus devotos exhibir las pruebas de su competencia i los bienes que, merced a su esfuerzo, han sustituido a otros tantos males:—*facta non verba*.

Si don Pedro Montt no ha realizado labor de accion, a lo ménos habrá servido a las ideas. Un político que consagra su vida a la exaltacion de un programa doctrinario al cual cree vinculado el bienestar de los ciudadanos i el progreso de las instituciones, bien vale lo que el hombre público se dedica a estropear la corruptela administrativa i a depurar las oficinas fiscales. Sí, sin duda; i en ciertas horas de la vida nacional el luchador de ideas es tan útil como el constructor de escuelas i ferrocarriles. Tal fué don Manuel A. Matta, tal fué don Manuel J. Irarrázaval, i esos hombres merecen el cariño de sus correligionarios i el respeto de sus conciudadanos.

Este mérito es el único que discretamente omiten los amigos del señor Montt cuando trabajan en dotarlo de todos los méritos posibles. El señor Montt es el jefe i el espíritu vital de una asociacion política cuyo programa consiste precisamente en no tener doctrinas. Nacida de una segregacion del partido conservador, i actualmente unida al partido radical, entre aquella fecha de oríjen i la eventual de hoi, ha pasado sin transicion ni apostasias por todos los matices doctrinarios que han sido, i está en aptitud de pasar por todos los que sobrevengan.

Ese grupo ha sido aliado de liberales, de radicales, de conservadores; fué anti-revolucionario para defender el Gobierno de su fundador, i revolucionario para combatir el Gobierno de Balmaceda: obstruyó la lei de contribuciones en 1890, en nombre del Congreso contra el Presidente, i el 9 de enero la dió por aprobada sin discusion ni votacion, en nombre del Presidente contra el Congreso; votó el matrimonio civil, el Registro Civil i el cementerio laico, i votó el presupuesto de todos los curatos i procesiones.

Es una entidad liberal, radical, conservadora, segun las alianzas que pacta en las épocas electorales, para obtener los senadores i diputados que por sus solas fuerzas no podrian conseguir. Este es el único principio invariable de su programa: no ir nunca sola a las elecciones, para no quedarse sin representantes en el Congreso.

Agrupacion a la cual nadie llama jamas en nombre de una doctrina, porque para eso están los grandes partidos, i por encima de ellos, la opinion pública; se la llama siempre en nombre de alguna revoltura de bastidores. I entónces es cuando, para asegurar sus representantes en la eleccion próxima, hacen valer el voto de los que han obtenido con el concurso ajeno, amenu-do contra aquellos mismos que se los proporcionaron. Sus pactos i alianzas no se fundan jamas sobre un dogma, sino sobre una donacion.

No hai para la República plaga mas funesta que esas colectividades personales, sin rumbos i sin creencias. Tocqueville lo dice en alguna parte: «Los grandes partidos trastornan a la sociedad, los pequeños la revuelven; aquéllos la desgarran, éstos la pervierten; los primeros la salvan a veces conmoviéndola, los segundos la perturban siempre sin provecho». Con ellos no puede haber nada sólido, ni recto, ni serio, porque no se sabe a dónde se plegarán mañana.

El señor Montt no ha querido perder las influencias que le procura su situacion de jefe de una agrupacion claustral, i eso, en vez de auxiliarlo, lo inhabilita a perpetuidad para ser Presidente de la República. Ayer fué candidato de algunos conservadores, i hoi intenta serlo de los radicales; entónces perdió la jornada por una distancia inconmensurable, hoi ni siquiera llegará a las urnas. ¿Cómo seria Presidente de la República un ciudadano que todavia no puede ser ubicado como senador, porque en parte alguna tiene fuerzas propias ni popularidad bastante para conseguir un asiento en el Congreso? Es imposible vivir mas de préstamo, i tener, sin embargo, mayores pretensiones.

Don Vicente Reyes, don Fernando Lazcano, don Ramon Barros Luco, don Juan Luis Sanfuentes, don Enrique Mac-Iver, don Claudio Vicuña, todos los candidatos presidenciales posibles pueden presentarse en cualquier provincia de la República i obtener por su propio prestigio o por la fuerza de sus partidos, un sillón senatorial. Don Pedro Montt no puede ser senador por ninguna provincia si no le dan sus votos los conservadores, los liberales, los radicales,—o la intervencion oficial. I porque hasta aquí ha encontrado algun partido que lo lleve al parlamento, le ha nacido la idea de pedir que lo lleven a la Moneda.

Es demasiado.

Despues de haber pasado por una série de denominaciones, el grupo político del señor Montt se ha establecido en una que lo habilita para sus contiínuas evoluciones: «liberal moderado». Como liberal, puede aliarse con todos los matices del liberalismo; como moderado, puede unirse con los conservadores. Su liberalismo pone cierto límite a su moderacion, impide que su liberalismo se exceda de ciertos limites. Empero, ¿hasta dónde llega su liberalismo i dónde empieza su moderacion? Cuestion de oportunismo; eso depende de la liberalidad o moderacion electoral del partido con el cual se une.

Lo único que podria justificar la existencia i autonomía del grupo de que es jefe el señor Montt seria un programa de doctrina o de accion del cual no se hubiera apartado jamas. Pero, como acabamos de verlo, ha servido a todos los rejímenes cambiando con todos, cómplice o colaborador de todos. Ni siquiera en homenaje a lo abstracto ha combatido los errores i los daños de los pasados Gobiernos. Solo recientemente, cuando la descomposicion jeneral ha cobrado proporciones que es imposible disimular, cuando el olor a podrido llena el ambiente, cuando hemos alcanzado tiempos en que, anulada la influencia presidencial i deprimida la autoridad del Gobierno, hai mucho mas valor en defenderlo que en censurarlo, i cuando por eso todos despliegan el fácil coraje de quejarse, se ha visto al señor Montt constituirse ceñudamente en censor, aunque conservando aquel pliegado característico de los labios, que le permite transformar el jesto de reproche en sonrisa, i la censura en cooperacion.

¿I cuántos de aquellos errores, de los mas formidables, no han tenido al señor Montt como uno de sus mas decididos i eficaces enjendradores?

En cuanto financista, el señor Montt fué partidario implacable de la conversion metálica a plazo fijo i tipo cierto. La ope-

racion se hizo como él lo pedia, i la catástrofe nos abruma todavía con sus escombros. El erario público perdió mas de ochenta millones en aquel desastre financiero, i la fortuna privada perdió mas de cien millones. Pérdida inútil, cataclismo estéril, porque despues de convencernos de que no podíamos escapar del naufragio ni aun arrojando el salitre por la borda, hubimos de regresar al punto de partida i volver de nuevo al papel moneda, en peores condiciones.

Como diplomático, el señor Montt nos puso al borde de un abismo infinitamente mas hondo, en el cual pudo Chile perder hasta su existencia,—al borde de una declaracion de guerra de los Estados Unidos. Alcanzamos a recibir el *ultimátum*, i hubimos de hundir en el polvo la frente, en la cual llevamos todavía la huella de la cox que nos hizo perder nuestra antigua situacion internacional en el continente. Lo que entónces demostró el señor Montt de impericia, de absoluta ignorancia de los hombres i de las cosas, es inverosímil. Ningun oficial de Legacion que alguna vez haya estado accidentalmente de Encargado de Negocios ha incurrido en un yerro tan indecible, que el Gobierno se vió aquí obligado a enmendar a costa de la dignidad nacional.

Como político dirigente, se recordará que el señor Montt estuvo constantemente aconsejando el desarme del pais, en los períodos mas álgidos de la cuestion arjentina, i cuando nuestros contendores se armaban precipitadamente. Por fortuna, la opinion del señor Montt no prevaleció esta vez, por exceso de absurda, i pudimos así evitar una guerra que de otro modo habria sido inevitable, i que habríamos tenido que soportar en condiciones desastrosas. Junto con seguir el consejo del señor Montt i desarmarnos, habríamos tenido la guerra arjentina, i probablemente la *débacle*. Pero nos armamos i tuvimos los Pactos de mayo.

La capacidad de un hombre, observa Carneggie, el Rei del acero, a cuyos excelentes libros dan especial autoridad sus trescientos millones de dollars, la capacidad de un hombre, lo mismo que sus fuerzas, se mide tanto por lo que hace como por lo que no puede hacer.

Apliquemos ahora al señor Montt el metro de Carneggie.

Hombre alguno se vió nunca en situacion mas brillante para manifestar la mínima dote que poseyera, ninguno tuvo el deber mas imperioso i al mismo tiempo mas halagüeño i lleno

de recursos para hacer algo... nunca fuera caballero de todos mas bien servido... que don Pedro Montt, cuando en 1903 volvió de su viaje de reposicion i olvido a Europa.

Fué aquella una recepcion extraordinaria, inverosímil. El Gobierno, el Congreso, los partidos, el pais, todo se hallaba en un estado de depresion i desconcierto que clamaba por un hombre. No se sabia qué hacer, nadie indicaba lo que podia hacerse. Se sentia un gran malestar cuyo remedio nadie encontraba. Despues de la lucha presidencial los ánimos estaban calmados, se habian aún reconciliado. Los vencidos se declaraban dispuestos a facilitar la obra de los vencedores i a colaborar desinteresadamente en ella. Pero faltaba el obrero. Las miradas se volvieron a todas partes, sin divisar a nadie. Se veia un gran vacio, pero no se veia quien debia llenarlo. En la Moneda, una especie Hamlet, de quien dice Goethe que es «un alma encargada de una gran mision, pero incapaz de cumplirla.»

Entónces se anunció la llegada de don Pedro Montt, i todos exclamaron a una voz: es éll! Llegaba al fin el Mesias esperado; se dijo así, con esas mismas palabras que llegaba el Mesias deseado. Fué una ovacion estraña i enorme, hecha mas bien que al hombre, a la esperanza i al anhelo de sacudir el gran quebranto. Amigos, adversarios, indiferentes, todos se unieron para saludar al redentor. Porque tambien se dijo así, con esa misma palabra, que venia el redentor. La sociedad lo festejó, la prensa hizo su panejirico, el Gobierno lo llamó al mas alto puesto de que puede disponer, la vice-presidencia de su Consejo, el Congreso lo recibió en palmas, los partidos le ofrecieron su concurso. Aún los que no creemos en el misterio de fé del señor Montt, nos dijimos que era imposible que un hombre a quien así se abria el camino i en cuyas manos se ponian todos los elementos, no hiciera algo. A ménos que fuera de una incapacidad orgánica.

El señor Montt se habia ido a Europa a cicatrizar las heridas de la gran derrota, i se le recibia entre vítores i laureles, como a un triunfador. Aquello hacia recordar a Bizancio. Porque Bizancio fué así, como lo observa un escritor ilustre: cuando un Emperador habia sido derrotado por los Búlgaros, los Godos o los Celtas, cuando habia conquistado ignominiosamente a precio de oro una tregua de algunos años, o cedido algunos jirones de su territorio sin cesar disminuido, revestia el uniforme del triunfo como Mario o Escipion, hacia su entrada triunfal en Constantinopla, i todò un ejército de histriones salido a su encuentro cantaba cánticos en su honor.

La ovacion crecia; ya no se le ofreció simplemente al señor

Montt, toda la suma de elementos para obrar, sino que se le instó a proceder. Se le declaró que era el único capaz de sacar al país de la postración que lo abatía, i que todos aguardaban que caminara para seguirlo. Se le decretó el triunfo aun ántes de que se moviera.

Todo en vano. El Mesías se replegó en sí mismo, el redentor dejó que el país espíase como pudiera los pecados cometidos en su nombre. Fué un desencanto para todos, un motivo mas de sonrisa para los incrédulos del dogma, pero sus devotos permanecen inquebrantables en la fé.

Pudiendo haber hecho entónces cuanto hubiera creído útil, no produjo ni siquiera una vaga insinuación de lo que podía hacerse. Si el señor Montt tuviera alguna dote fecunda, mediana siquiera, pudo haberse impuesto entónces de tal modo, que su candidatura estaría hoy en avance; muchos de los que lo habían combatido habrían reconocido su error, i lo habrían reparado en en la próxima elección. En vez de eso, sólo han tenido motivos para confirmarse en la exactitud de su juicio. ¿Qué podría hacer en la Presidencia, entrabado por todos los obstáculos que surgen inevitablemente al paso de un gobernante, aquel que, cuando todos lo instaban para hacer algo i cuando se le daban todos los instrumentos de acción, no pudo hacer nada?

A la sombra de esa misma situación, i teniendo en contra casi todo lo que el señor Montt tenía a su favor, otro político, con verdaderas dotes de carácter i de sagacidad, con ménos conocimiento de las tramitaciones i procedimientos parlamentarios i burocráticos, pero con mucho mayor conocimiento i manejo de los hombres i de las cosas, elaboró su candidatura presidencial...

Hace algunos meses, cuando la oscuridad no era tan densa como hoy, bosquejé un estudio de los candidatos. Los que se presentaban, o que eran presentados por quienes deseaban inclinar la opinión popular hácia su propia opinión, eran innumerables. Yo no veía mas que dos, don Fernando Lazcano i don Pedro Montt, i parece que no ví mal, puesto que en torno de esos dos nombres se han ido condensando las complicaciones que oscurecen el desenlace, a medida que avanza mas cercano el sol de junio que ha de rasgar las tinieblas, o mejor dicho, que necesita alzarse en un horizonte previamente despejado.

En su interesante breviarío de los candidatos el señor Zegers ha dispensado a mis monografías el honor de tomarlas en cuenta, honra para mí molesta porque se parece a la que discernían

aquellas espadas ilustres que ennoblecian a los que herian. Clavando su pluma cincelada en mi boceto del señor Lazcano, el señor Zegers encuentra pesimista el criterio con que juzgó el progresivo descenso de nuestra moralidad política, i sobre todo la profundidad de nuestra desmoralizacion administrativa; i encuentra artísticamente optimistas mis impresiones políticas i psicológicas del señor Lazcano.

No he de hacer aquí la demostracion lójica i objetiva de la justicia de mis apreciaciones. Eso, aunque mui interesante, seria largo. Pero como va siendo moda afectar pesimismo, i como nada detesto mas que las modas del vulgo, jeneralmente copiadas i presuntuosas, me limitaré a levantar este solo cargo, recordando una declaracion que sin duda pasó inadvertida para el señor Zegers, pero que precisamente sintetizaba mi profesion de fé. No soi pesimista, afirmaba entonces: el pesimismo no consiste en pensar que todo anda mal, sino en creer que nada puede ir mejor. Y yo creo i espero en la rejeneracion i en el advenimiento del rejenerador.

Pero estoi profundamente convencido de que la rejeneracion no vendrá con la imaginaria presidencia del señor Montt, que su primera tentativa conservadora pareció trájica a algunos, i que en su actual trasmigracion radical seria totalmente cómica, si don Joaquin Echeñique i don Antonio Subercaseaux P. no se comisionasen para hacerla agresiva i desquiciadora.

La historia de nuestra política i la historia política de personaje prueba que el señor Montt no es de factura rejeneradora. Al contrario: no hai dejeneracion alguna que no se haya consumado con su consejo en los centros directivos i con su voto en el Congreso. La única posesion elevada que todavia ocupamos, como solia vencer el Cid despues de muerto, que es nuestra relativa superioridad militar en el continente, la conservamos a pesar del señor Montt i contra todos sus esfuerzos.

Hai una diferencia sustancial entre el señor Montt i el señor Lazcano: el señor Montt será esta vez, lo mismo que en 1901, nada mas que un pretendiente; el señor Lazcano, tambien como en 1901, es un Presidente posible, al cual no le falta hoi, para ser un vencedor seguro, sino que sus amigos consigan vencer la resistencia irreconciliable que opone a su candidatura el presidente del Senado.

El señor Montt no será nunca Presidente de la República, entre otras causas, porque es él mismo el partidario mas impa-

ciente de su candidatura; al paso que el señor Lazcano no es presidente electo desde luego, porque nadie lo combate con mayor suma de influencia i de prestigio que él mismo. El señor Montt ambiciona el puesto con un clamor de avidez i angustia demasiado ostensible para que sea eficaz; candidato ayer de la Cruz i hoi de la Media Luna, dispuesto a subir con quien quiera que le infunda la ilusion de poder levantarlo, persiguiendo la banda, desvariando con la banda, no viendo mas que la banda, está condenado a tropezar con los obstáculos que se interponen entre él i la banda, i que no se cuida de siquiera mirar. Cree que miéntras mas precipitadamente corra, mas luego llegará hasta la banda, cuando lo único que alcanza es tropezar mas luego, caer mas fuerte i estropearse mas rudamente.

El señor Lazcano, al contrario, huye de la banda, i donde quiera que ve surgir su candidatura, se da prisa en sofocarla ántes de que se convierta en peligro inminente de victoria. Por desgracia para sus amigos, se siente demasiado bien en la presidencia del Senado, donde la noble distincion de su personalidad se ha destacado con singular brillo, donde ha desplegado las escojidas dotes que han inducido a ofrecerle un campo mas vasto de accion, i se resiste a cambiar la señorial carroza del Senado, que tiene bien conocida, por el potro de la Moneda, lleno de sorpresa i resabios

Para que el señor Montt sea derrotado por cualquier competidor, basta dejar que su candidatura llegue hasta las urnas i que el pais dé cuenta de ella. Para que el señor Lazcano sea Presidente de la República hai que dominar la oposicion laboriosa i vijilante del presidente del Senado. I este presidente ha probado que es difícil de vencer.

El pretendiente que una vez ha sido repudiado con la refrenadora unanimidad con que en 1901 lo fué don Pedro Montt, no espone sus cicatrices a una nueva vergüenza sino en uno de estos dos casos: o porque la tenacidad de su ambicion es refractaria a las lecciones de la esperiencia, o porque su porfia ha logrado reunir elementos bastantes para asegurarle el triunfo.

Se dan casos en la historia de que un pueblo arrepentido de un error o de una culpa busca en su retiro a las víctimas de la ingratitud i les discierne el homenaje reparador de la justicia. No es esa la historia humana, ni sus capítulos mas frecuentes; pero se encuentran en ella episodios espaciados que embellecen sus pájinas con la poesía de esos arrepentimientos populares.

Aunque los fautores de la recandidatura Montt intentan explicar así su insistencia, el caso es muy diverso. Ni el fallo popular de 1901 fué una injusticia ni una culpa, ya que el pueblo, al elegir entre los ciudadanos que le piden su voto, practica un derecho inherente a su soberanía, de que no debe cuenta sino a sí mismo; ni el señor Montt, después de su repudio, se acogió al penitente silencio del retiro; ni el pueblo ha ido a buscarlo para ofrecerle una reparación que no le debía, i que seguramente no le otorgará tampoco. No hai entre ésto i aquello término alguno de paridad.

Es precisamente lo contrario. La proclamacion de esta candidatura en conserva se ha hecho sin el pueblo i contra el pueblo. Estaba acordado sancionarla por escrito, sin apariencias de intervencion popular, cuando las protestas del grueso de aquellos mismos partidos en cuyo nombre se procedia, obligaron a los iniciadores a valerse de un trámite que dista mucho de producir la manifestacion espontánea de la voluntad de todos, pero que a lo ménos quita tardíamente a la designacion lo que ha tenido de sorpresivo i de autocrático. La comedia tendrá ahora dos actos, pero su argumento no cambia: después de resuelto que la adhesion de las provincias se enviase por correo, en documentos escritos, se ha ideado, en forma de post-data, una convencion que no podrá elegir, sino que deberá ratificar la eleccion ya hecha. Han sido previsoriamente eliminados de ella cuantos pudieran tentarse a deliberar. Como en la revolucion francesa, se ha condenado en masa aun a los sospechados de ser sospechosos. Así, se ha invitado a las instituciones agrarias, pero se ha escluido al Centro Industrial i Agrícola; se permite entrar a los presidentes de sociedades obreras, pero a condicion de saberse anticipadamente su voto.

¿Con qué elementos cuenta esta candidatura que, por haber sido rechazada ya por la nacion, no puede presentarse ahora en condiciones de incertidumbre, ni siquiera de meras expectativas como cualquiera otra, sino con seguridades de éxito?

Los cismas i discordias de los partidos no son bases de combate sino en cuanto debilitan las fuerzas del adversario, ni se utilizan sino para quitar probabilidades a su triunfo; pero nadie ha pensado jamas que ellos sirvan como elementos únicos para la propia victoria. Si liberales, radicales i otros se unen para exaltar a alguien, el adversario de ese alguien verá con aliento que algunos se separen de las filas de esos partidos; pero no puede razonablemente suponer que con los pelotones desertados de sus banderas ha de triunfar él.

La supuesta division conservadora, aunque prive de algunos

diputados a la mayoría de gobierno, lo que es dudoso, no dará al señor Montt, en las elecciones de junio, un solo elector de presidente, que es lo esencial. En cambio, la ruidosa division de liberales i radicales, que ha suscitado las protestas públicas de los mejores soldados i de los jefes mas prestigiosos de ámbos partidos, comenzando por los presidentes mismos,—los señores Barros Luco i Varela han hecho pública su resistencia,—le quitará muchos. ¿Qué expectativas de éxito tiene una candidatura que divide a los partidos que la apoyan, i que no encuentra apoyo efectivo en los partidos que supone divididos?

Sobre esas fantasías, sin embargo, se ha operado la resurreccion del señor Montt. En realidad, tiene hoi ménos fuerzas que en 1901.

El estribillo de la moralidad administrativa con que los parciales de don Pedro Montt entonan el himno de su fetichismo personal no resiste a un superficial exámen. Imposible seria ofrecer al pais un fiador mas inseguro de moralidad política i administrativa que la candidatura del señor Montt.

Desde luego, la historia del grupo político de que es jefe el señor Montt, toda oportunismo, toda arreglos i transacciones con cuantos partidos han ejercido el poder, obsta para creer que la rejeneracion pueda salir de ese grupo, i nada mas que de él. El monttismo ha colaborado con todos los que han enjendrado la situacion en que estamos; ha tenido su parte de accion en todos los hechos i de responsabilidad en todas las medidas que han arrastrado al pais al punto en que se ve. Los que declaran que la administracion pública está desmoralizada i que solo el señor Montt puede rejenerarla, olvidan que en estos mismos momentos, i desde hace mucho tiempo los mas altos puestos de la administracion están ocupados por personalidades monttinas, que han sido colocadas en ellos por influencias del señor Montt. I jamas se ha oido decir que estos monopolizadores de la moralidad administrativa hayan comenzado por moralizar las oficinas que están bajo su autoridad.

En seguida, el espíritu vital i jenerador de esta candidatura es una gruesa inmoralidad política, que la afecta desde su cuna con el pecado orijinal de inmoralidad; es una candidatura proclamada en odio a un partido político determinado, al liberalismo democrático.

Despues la resolucion irrevocable que manifiestan los sostenedores de ella, de no moralizarse ni dejar moralizar al pais sino por don Pedro Montt, i por ningun otro que él, hace sospechoso

el anhelo de morijeracion. Cuando se ve a los mismos que proclaman la necesidad nacional de rejeneracion sublevarse con ira, con una violencia que no respeta la disciplina de los partidos ni a sus hombres mas respetables ante la sola insinuacion de que pudiera haber otro rejenerador que don Pedro Montt, se llega a creer que hai en el fondo otros intereses i pasiones que la depuracion nacional.

No es sincero ese propósito, se hace dudoso por lo ménos, cuando escluye sistemáticamente i sin oirlos, a los que, buscando honradamente esa misma rejeneracion, proponen el estudio tranquilo de alguna manera de hacerla mas segura, mas eficaz, que la de aferrarse con encono a una candidatura que ençuentra tantas resistencias, que aleja a tantos útiles cooperadores, que surge en odio a un numeroso grupo de chilenos, i que ya ha sido vigorosamente repudiada por el pais.

Si lójicamente la candidatura del señor Montt no es buena prenda de moralidad administrativa, su presidencia la haria en la práctica imposible.

Supongamos que el señor Montt fuese presidente. La hipótesis es absurda, pero la lógica admite las demostraciones *ad-absurdum*. Los conservadores que se han embarcado con el señor Montt ántes de que su partido resuelva, i ántes de poder comparar entre candidato i candidato, declaran que lo han hecho en nombre de la moralidad administrativa. No saben quién será el otro, pero dan por averiguado que su partido se fijará en un candidato inmoral. I los radicales que han proclamado al señor Montt sin consultar a los suyos de provincia; afirman que tambien buscan la moralidad. Como aquellos conservadores, tienen por sabido de antemano que, cualquier otro candidato que sus correligionarios elijiesen, seria inmoral.

Ahora bien: supuesto el absurdo de que el señor Montt resultase elegido Presidente por esos conservadores i esos radicales, es base fundamental de su eleccion jubilar las cuestiones doctrinarias para dedicarse por completo a elaborar la moralidad política i administrativa. Pero no pueden jubilar los presupuestos; habrá que discutirlos i aprobarlos. Está en tabla el presupuesto de instruccion pública. Hai en la enseñanza oficial muchas cosas que los conservadores reputan profundamente inmorales i perniciosas, i que para los radicales son la condicion i el fundamento de la moralidad i el bien público. Surje en seguida el presupuesto del culto, en donde está para los conservadores el cimiento de la moralidad, i que es para los radicales el jérmén de la desmoralizacion.

¿Qué hará el presidente Montt? Si aprueba el presupuesto de

la enseñanza oficial, será inmoral para los conservadores; si aprueba el presupuesto del culto, los radicales verán burladas sus aspiraciones de moralidad. Si aprueba los dos, será inmoral para todos los que lo llevaron a la presidencia; si se abstiene en ámbos, para que el Congreso i los partidos resuelvan, entónces no hará nada por la rejeneracion, sino dejará subsistente el réjimen actual, ese mismo réjimen que hoi se reconoce inmoral i para cuya reforma fué precisamente elejido él. I hé ahí cómo el señor Montt, a quien se decreta el único candidato que tiene en sus maletas el privilejio esclusivo de la moralidad administrativa, es cabalmente el único que, dentro del criterio de los mismos que lo proclaman, no podrá moralizar la administración.

He tomado como verbigracia los presupuestos, porque es ese el campo mas vasto i mas propicio para el cultivo de la moralidad nacional. Pero, fuera de ellos, se presentarian a cada paso dilemas análogos, que colocarian al presidente Montt en la alternativa de ser inmoral para los señores Echenique i Subercaseaux, o para los señores Pleiteado i Suarez Mújica.—o todavía, lo que seguramente sería lo mas frecuente, para los unos i los otros.

Si la árdua empresa de morijeracion administrativa no se encuentra bien garantida con la candidatura Montt, la moralidad política ha comenzado por fallar en su cuna, como ántes hemos observado. Una candidatura que funda su éxito en la discordia interna de los hogares políticos; que respira en una atmósfera de escándalo el aire necesario a su existencia, de tal modo que moriria asfixiada en el instante mismo en que, respetando a sus jefes i sus tradiciones, sus reglamentos i sus principios, volviesen esos partidos a la disciplina i armonia; que necesita, en fin, que todo se disuelva, se pervierta i se desmoralice para poder vivir ella, no es ciertamente el ideal de moralidad política.

No lo es,—lo hemos observado tambien,—una candidatura que, sobre explotar ese hervidero de rupturas domésticas i teniendo que morir en un clima de concordia, es enjendrada todavía por el odio erijido en doctrina, por odio al partido liberal-democrático que ha probado tener en el pueblo diez veces mas raices que el círculo de que es jefe el señor Montt. Aunque este círculo fuera diez veces mas numeroso que aquel partido, siempre seria inmoral la consagracion del odio como causal de eleccion i como programa de gobierno; pero cuando el piquete quiere gobernar a la lejon, en nombre del odio a ella, la inmoralidad no se limita a jactarse, sino que se torna provocadora.

Contra mis hábitos, habia anotado previamente estos apuntes, algunos otros todavía, para redactarlos despues con claridad i con método, de modo que, de premisas bien conocidas, brotara por si sola la luz de mañana, un rayo a lo ménos, el único axioma que desde luego surge incontrovertible i claro sobre las oscuras vacilaciones de hoy:—que don Pedro Montt no será Presidente de la República.

Pero veo que estas notas son demasiado estensas, i seria fatigoso rehacerlas. No tengo la virtud de la paciencia, ni es tampoco necesaria esa labor; ta'es como quedan, estos apuntes conducen, desaliñadamente sin duda; pero nó sin lójica, a la misma deduccion: don Pedro Montt no será Presidente.

El pais no lo quiere, lo ha probado ya, i el señor Montt no tiene fuerzas para sobreponerse a la enorme resistencia del bloque popular. Sus medios de accion no están a la par de sus pretensiones; todos sus elementos se reducen a derrumbes desprendidos de algunos partidos que lo han proclamado sin la aquiescencia i aun contra la voluntad espresa del grueso de esos mismos partidos. Pensar que sobre tales disgregaciones puede alzarse un edificio presidencial es un error en que no creen ni los mismos que se empeñan en que los demas duden siquiera. Si mantienen todavía una candidatura que ha nacido en derrota, es solo para servirse de ella, en el momento oportuno, como base de una transaccion en que ya se medita. Se ha elegido a don Pedro Montt para eliminarlo despues, en cambio de otra eliminacion que se exija a los adversarios.

Cuando se reuna la otra Convencion, en que la sola presencia de liberales democráticos i conservadores representará la mayoría del pais elector, se verá afluir a ella muchos otros elementos que formarán lejion, toda la reserva de la política, todos los desafectos de la candidatura fragmentaria, todos los que hoy callan, todos los que esperan, una masa electoral incontrastable, que dejará desierta la matrícula de los preceptores sin título de moralidad.

El candidato de esta otra Convencion tendrá el triunfo junto con ser proclamado. La votacion de junio no será mas que el trámite último, la sancion constitucional de un hecho virtualmente consumado. El Congreso Pleno,—otro bluff!—no tendrá papel alguno que desempeñar, si no es recibir el juramento del nuevo Presidente.

No sé si el señor Mott llegará a las urnas. Lo lógico es que desaparezca antes; pero la esencia de la porfia es ir contra la lójica. En todo caso el axioma no se debilita por ello: el señor Montt no será Presidente de la República. Aún se me figura que

estoi dando cierta importancia profética a una simple injenuidad, porque fuera del mismo candidato, no hai talvez ningun hombre medianamente versado en política que crea sériamente en la presidencia del señor Montt.

No será presidente, i es posible que aun los dias de su candidatura están ya contados; eso depende del plazo mas o ménos próximo en que se reuna la Convencion popular llamada a elegir, nó a un candidato, sino al futuro presidente de Chile. Las campanas que anuncien la proclamacion triunfal del Majistrado, avisarán al señor Montt, si es discreto, la hora de retirarse; i si se empecina, la hora de comenzar a contar otros cinco años para su tercera acometida.

TÁCITO.

